

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

«BARCELONA 11 DE OCTUBRE DE 1886»

NUM. 250

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VIÁTICO EN LA ALDEA, cuadro de A. Luben

## SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—Recuerdos de Constantinopla*, por don Joaquín Marsillach.—*Bienaventurados los que lloran* (continuación), por don T. Nieva.—*La explotación de las minas en el trascurso de los siglos*, por W. de Fonvielle.

GRABADOS.—*El viático en la aldea*, cuadro de A. Luben.—*La siesta*, cuadro de Guillermo Díez.—*Los últimos consejos*, cuadro de R. Lagye.—*Mazeppa*, dibujo de A. Wagner.—*Tulia*, bajo relieve de Agustín Querol.—*Cabeza de estudio*, de Agustín Querol.—*Un olivar*, paisaje de José Masriera.—*Mineros esclavos a las órdenes de un centurión romano*.

## NUESTROS GRABADOS

## EL VIÁTICO EN LA ALDEA, cuadro de A. Luben

Este precioso cuadro, presentado por su autor en la reciente Exposición de Bellas Artes de Berlín, ha llamado la atención a pesar de tener junto a él otros firmados por Defregger, Zimmermann, Werner, M. Schmid y otras notabilidades artísticas de Alemania, lo cual, así como las entusiastas frases que le consagran las revistas más competentes de aquel país, hace su mejor apología.

Todo en él respira conmovedora sencillez. Ese venerable párroco de aldea que con verdadera unción se dirige a dar los postreros auxilios espirituales a un moribundo, ese viejo sacristán cuyo rostro expresivo está tan surcado de arrugas como de grietas las paredes de la vetusta capilla, ese pobre muchacho, hijo del enfermo, que demuestra en sus facciones la tribulación de que está poseído, son tres tipos dignos del pincel del más consumado artista, tipos que todos hemos visto en nuestras aldeas, pues el pintor para dar un carácter más general a su cuadro, no ha estampado en ellos el sello particular de ninguna raza determinada.

Sobrio en detalles, impregnado de misticismo y de religioso carácter, el cuadro de Luben se contempla con tanta admiración como placer y respeto.

## LA SIESTA, cuadro de Guillermo Díez

Este es otro de los lienzos que ha merecido el aplauso de los inteligentes en la última Exposición de Berlín. Escena campestre, tan sencilla como todo cuanto con la vida del campo tiene relación, representa una pobre familia de aldeanos que después de comer frugalmente, se entrega por breve rato al descanso hasta que llegue la hora de reanudar las interrumpidas tareas. En este cuadro todo parece dormir, hasta el escudilido caballo uncido a la rústica carreta, hasta el ambiente, pesado cual suele serlo a la hora del medio día, pero no con ese sopor que infunden las nocturnas tinieblas, sino con ese sueño ligero del que, antes de conciliarlo, sabe que muy en breve ha de emprender la segunda etapa de su diurno trabajo.

Si la verdad es lo que se exige principalmente en pintura, el cuadro de Díez es maravilloso por lo verdadero.

## LOS ÚLTIMOS CONSEJOS, cuadro de R. Lagye

Sabido es que las aldeas de cada país son las que suministran el principal contingente de criados de ambos sexos para las ciudades. ¡Es tan precaria la vida en ellas! ¡Cuanta tanto mantener una familia numerosa como suelen serlo las de los aldeanos! Por esto se ven muchos de ellos obligados a enviar a las poblaciones populosas a sus hijas cuando ya se hallan en edad de servir, aun cuando en bastantes ocasiones tengan que arrepentirse de ello, pues lo menos malo que puede suceder es que las muchachas contraigan gustos y costumbres de todo punto incompatibles con las costumbres y gustos de la aldea. Y por esto también en el momento de la separación, las solícitas madres no escasean sus consejos, que si se escuchan con atención y propósito de seguirlos, muy presto se dan al olvido en el bullicio de las ciudades.

La muchacha del cuadro de Lagye, triste y apenada por tener que separarse del hogar en que nació y de los que la dieron el ser, presta profunda atención a las últimas advertencias de su no menos apesadumbrada madre, mientras la lancha que las conduce se encamina rápida al vapor que debe llevar a la joven a extraña tierra. ¿Seguirá estas advertencias? Para saberlo, el artista debiera pintar otro cuadro, tan bello como éste, en que nos diera a conocer si se trata o no de una nueva *Linda de Chamounix*.

## MAZEPPA, dibujo de A. Wagner

Mazeppa es el héroe de uno de esos episodios amorosos, que, cantados por la poesía y reproducidos por el pincel, han llegado a alcanzar popularidad universal. Aunque de origen cosaco, Mazeppa no es desconocido en nuestra España, donde abundan las estampas de pacotilla y los grabados en que se le representa poco más o menos como se le ve en el nuestro.

Estando el noble mancebo, en calidad de paje, al servicio de un señor polaco, éste descubrió entre él y su mujer una intriga amorosa. Para castigarlo, mandó atarlo a la cola de un caballo salvaje, que lo llevó en vertiginosa carrera a través de bosques, riscos y breñías, hasta la provincia de Ucrania, en cuyos páramos, reventado el caballo, hubiera sido Mazeppa pasto de las aves de rapiña, a no haberle recogido y salvado unos pobres campesinos. A su compasiva solicitud debió la vida y el haber llegado a ser con el tiempo hetman de los cosacos.

El dibujo de Wagner representa con acierto el apurado trance en que se encuentra el triste joven, víctima de la saña de su celoso señor. Expuesto a ser presa de la voracidad de los buitres ó bien a morir de hambre y de sed, se retuerce en convulsivos cuanto inútiles esfuerzos para romper sus ligaduras, dirigiendo al propio tiempo al cielo suplicantes miradas, en las que se advierte una mezcla de terror, de desaliento, de desesperación y de ira admirablemente expresada. El paisaje es tal cual debe ser el de las áridas y frías llanuras de la Ucrania, y sobre él difunden un velo de tristeza, propio del asunto del cuadro, los melancólicos celajes que indican la proximidad del crepúsculo.

Es muy probable que Wagner, al trazar este dibujo, se inspirara, más bien que en la tradición popular, en el poema que a Mazeppa ha dedicado lord Byron.

## TULIA, bajo relieve de Agustín Querol

Si nuestros lectores se toman la molestia de repasar la carta que desde Roma nos dirigió el Sr. D. A. Fernández Merino y que insertamos en el núm. 236 de este periódico, podrán ver en ella la descripción y el juicio crítico de la obra de nuestro compatriota, trazados por la competente pluma del señor Merino, y por consiguiente mucho mejor de lo que nosotros pudiéramos hacerlo.

Refiriéndonos, pues, a lo allí expuesto acerca de este bajo relieve, sólo nos resta añadir que nos felicitamos de poder incluir en las páginas de esta publicación una copia de la interesante composición del señor Querol, que seguramente verán con agrado nuestros favorecedores, y de tributar al inspirado artista el aplauso que por su obra merece, confiando en que no se dormirá sobre sus laureles, antes al contrario, seguirá dando nuevas pruebas de su relevante aptitud para el arte escultórico.

## CABEZA DE ESTUDIO, de Agustín Querol

Acabamos de hablar de la aptitud de este joven artista para la escultura, y el busto que reproducimos la acentúa una vez más. Hay en él vigor, firmeza, seguridad, perfecto conocimiento del natural, y esa destreza en el modelado que no se adquiere sino a fuerza de práctica y de aplicación.

Esta cabeza de estudio patentiza que el señor Querol es eminentemente estudioso.

## UN OLIVAR, paisaje de José Masriera

Cada nuevo cuadro que brota, por decirlo así, del pincel de este estudioso artista, es una nueva muestra de sus relevantes dotes. Nuestro distinguido paisano, que se consagra al arte con desinteresada y vehemente pasión, estudia los asuntos de sus lienzos con verdadero cariño, por lo cual no es extraño que salgan de sus manos paisajes como el olivar que reproducimos en nuestro grabado, pálido reflejo de lo que esta obra es en sí. Al ejecutarla, el señor Masriera no ha buscado sin duda un punto de vista determinado: en una de sus excursiones ha cruzado por un bosque de olivos de los que tanto abundan en ciertas regiones catalanas, se ha inspirado en su contemplación, ha trasladado al lienzo su imagen, y al terminar ha debido quedar satisfecho de su trabajo.

No lo ha quedado el solo: cuantos tienen ocasión de examinarlo, manifiestan asimismo su satisfacción.

## RECUERDOS DE CONSTANTINOPLA

## EL SULTÁN EN LA MEZQUITA

28 de octubre de 1881

Las calles de Gálata y Pera, que así se llaman los barrios habitados por los europeos, presentaban una animación extraordinaria. Nosotros tomamos un coche a eso de las once, y seguimos una espaciosa calle que corre a lo largo de la orilla europea del Bósforo, por la parte baja de la ciudad. Forman la acera izquierda casas de pobre apariencia, con infinidad de tiendas que ostentan sendos letreros en árabe, en turco, en griego, en francés, en italiano, en todas las lenguas, y que más bien parecen ser miserables covachos: en la acera opuesta, que es la que corresponde a la orilla del Bósforo, se ven algunos edificios de rica arquitectura y con pretensiones palaciegas. Pero lo que más cautivaba mi atención era el incessante movimiento de carruajes a la europea, de gente de todas condiciones y vistiendo los trajes más variados que acudía presurosa en dirección al Palacio imperial: europeos, árabes de hermosa presencia, beduinos armados hasta los dientes, griegos de movedizas facciones, persas, circasianos, alguna dama llevada en palanquín por sus esclavos, vendedores vocingleros pregonando su mercancía en cuatro ó cinco lenguas distintas, una nube abrumadora de mendigos exhibiendo la miseria más aflictiva, y también algún baja rezagado, que, temeroso de llegar tarde a la ceremonia, espoleaba impaciente un brioso caballo cenciento, sin dignarse mirar siquiera a la muchedumbre que en torno suyo hormigueaba. Sólo a la puerta de algún ruin café, unos turcos acurrucados, fumando con aire displicente su chibuk, permanecían extraños a la general animación.

De esta suerte llegamos a una plazoleta, frente a la Mezquita de Abdul-Medjid, llamada por los turcos Medjidieh: un edificio blanco como el marfil, de arquitectura moderna poco recomendable, con dos esbeltos alminares, y por cuya cúpula hemisférica revoloteaban una bandada inmensa de palomas... Creen los musulmanes que van allí para ver al Sultán y que se marchan acabada la ceremonia, y sería empeño vano querer quitarles esta creencia.

Al lado de la Mezquita desemboca una grande avenida que conduce al palacio Dolma-Bagtché, que es el que habita actualmente el sultán Abdul-Hamid. Desde tiempo inmemorial el Sultán acude todos los viernes a alguna mezquita para orar públicamente y dejarse ver de sus súbditos; y aunque es asimismo costumbre variar de mezquita cada semana, Abdul-Hamid va siempre a la Medjidieh, situada a la salida de los jardines de Palacio, del cual no quiere alejarse, por temor del espíritu hostil del pueblo. Todo el mundo aquí achaca a la ineptitud del soberano reinante los grandes reveses que ha sufrido la Turquía en estos últimos tiempos; y tan bien lo sabe el Sultán, que apenas sale de Palacio, si no es rodeándose de grandes precauciones; hasta tal punto, que no conoce nada de Pera y Gálata y muy poco de Sтамbul.

La plaza de la Mezquita estaba ocupada ya por numerosas tropas, que mantenían al público a buena distancia del espacio que iba a recorrer la comitiva imperial. Había allí soldados turcos, cazadores, infantería de marina y algunos negros con una especie de turbante verde dispuesto en espiral. El uniforme, a pesar de haberse adoptado el fez para la cabeza, es un sencillo plagio de los uniformes europeos, y está, por lo tanto, poco conforme con las necesidades del clima. La organización está tomada también de la de los ejércitos de Francia y Prusia.

Aunque el soldado turco carece de aspecto noble y marcial, por su sobriedad, por su resistencia a toda clase de penalidades, y por su bravura en el combate, — bravura que nace de la certidumbre de que si muere peleando se va derecho al paraíso, — podría ser el primer soldado del mundo si estuviera equipado y armado como merece. Pero por el contrario, disfruta de un sueldo mezquino de siete francos al mes (sueldo que no ha cobrado hace más de tres años) y la alimentación se reduce por lo general a pan y aceitunas, sin probar el vino ni el café; y por vía de extraordinario un día a la semana le dan carne de cordero, y otro día pilaw, comestivo compuesto de arroz y manteca de Siberia, muy estimada de los turcos. Como lo corriente es que el sueldo no se les pague, se ven priva-

dos de fumar, esa suprema delectación de los orientales, y no es raro que en medio de la calle se os acerque un soldado pidiéndolos cortésmente tabaco.

Mientras aguardábamos la llegada de la comitiva, me entretuve en examinar el abigarrado gentío que se rebullía entre el sinnúmero de coches que habían ido llegando a la mitad de la plaza destinada al pueblo. Allí, frente a la Mezquita y separadas de la gente, están en dos coches cerrados algunas mujeres del harem imperial. A mi lado, y en otras tres carretelas, hay algunas mujeres vestidas con lujo asiático, con anchos mantos de riquísima seda listada de vivos colores, y envuelto el rostro en el *yachmak* de finísima gasa, tan fina y trasparente que deja adivinar ojos incendiarios y sonrisas tentadoras. Son, según me dicen, mujeres de algún ministro: acompaña a una de estas damas turcas una señora austriaca, en traje europeo, que es la profesora de piano del harem.

A una de ellas pude examinarla a mi sabor, porque estaba fumando cigarrillos de papel y para esto tenía que descubrirse el rostro; y hasta me atreví a declarar que me dirigí miradas insinuantes, que hubieran lisonjeado altamente mi vanidad, si no supiera ya a qué atenerme acerca del coquetismo de las mujeres turcas con los europeos. Son, en efecto, muy dadas a llamarlos por señas ó con sonrisas desvanecedoras, y gustan mucho de conversar con ellos, examinar con infantil curiosidad los dijes del reloj, los anillos, la botonadura; pero no pasa todo de ser un alarde de traviesa coquetería. He aquí el secreto de las grandes *conquistas* de que se envanece algunos europeos a su regreso de Constantinopla.

El intérprete que nos acompañaba, creyendo del caso ponerme sobre aviso, me refirió que años atrás, un individuo de la embajada inglesa recién llegado, atraído por las miraditas y mimos de unas turcas muy buenas mozas, se acercó al coche para hablarlas, orondo y satisfecho de haber entrado con tan buen pie en la capital de los Osmanlías; pero no le dió lugar a ello uno de los eunucos que acompañaban a las engañosas huríes, el cual, interponiéndose, administró al sensible inglés un tremendo sablazo que hubo de dejarle de muy mal arte.

A consecuencia de este lance, Inglaterra, que no desperdicia fácilmente las ocasiones, exigió que se prohibiera a los eunucos el uso del sable, y desde entonces, para ahuyentar a los indiscretos, se sirven de un látigo, del que iban también provistos los eunucos que, bien sentados en el pescante, bien a caballo a ambos lados del coche, a mis subversivas vecinas custodiaban.

Mientras mi hombre, con su cháchara de buen griego me contaba, lleno de caritativas intenciones, esta edificante historia, habían ido llegando más fuerzas del ejército, entre ellas, un escuadrón de gastadores armados de hachas descomunales, y las inmediaciones de la Mezquita quedaron completamente ocupadas. De pronto se presenta una charanga detestable y chillona, en la cual abundan unos instrumentos como campanólogos chinoscos, tocando un aire que yo conozco... sólo después de un buen rato caigo en la cuenta de que es la romanza manoseada y cursi *Alla Stella confidente*, convertida, gracias a un movimiento muy vivo, en paso doble. Allah es grande, sin duda alguna, pero mucho más lo sería si no permitiese estas metamorfosis irracionales.

Un empleado, encargado de recoger los memoriales que en este día se presentan al Sultán, circula trabajosamente por entre la muchedumbre, acudiendo a donde le llaman: estos memoriales los resuelve el Sultán en el acto, dentro de la Mezquita. En este momento se presenta en lo más alto de uno de los alminares, el almuezin, vestido con su túnica agrisada, dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales para llamar a voces a los fieles a la oración, y al poco rato empieza a desfilar por la grande avenida la comitiva imperial. Los *muchires*, ó ministros del Estado, con sus grandes uniformes, los chambelanes, los ayudantes de campo, toda la complicada servidumbre de esta corte decrépita, los bajás ó gobernadores, todos de una obesidad insana y con un aire de servil sumisión, aprisionados más que vestidos, en un uniforme estrictamente abotonado hasta el cuello, cubiertos con un fez rojo con franja de oro, y rematando en una gran bellota de seda azul; todos andan distraidamente a pie. Sólo el Sultán, llamado más propiamente el *Padichah*, viene montado en un soberbio caballo, blanco como la nieve, sumuosamente enjaezado de oro y pedería. Es un caballo que tiene ya diez y ocho años, a pesar de lo cual pasa por ser el más hermoso de Europa.

El Sultán, en cambio, tiene el semblante poco simpático. Usa barba de color castaño oscuro, está medianamente grueso y parece ser de constitución linfática y gastada. Mira al pueblo entre desdeñoso y altivo, quizás con cierto ademán de recelo, y en toda su persona se advierte al poderoso hastiado, inquieto y aburrido de su ficticia grandeza.

Cuando se presentó en el arco morisco del jardín de Dolma-Bagtché, resonó en la plaza una aclamación que parecía elaborada de encargo. Eso no tiene nada de sorprendente, porque ocurre también en otros países que no son Turquía y con otros monarcas que no son Sultanes. Hamid echó pie a tierra, se descalzó como el último musulmán, y por una escalera de mármol cubierta de rica alfombra subió hasta una tribuna, en donde, según dicen, ora solo, mientras reza el pueblo en la nave general del templo.

—¿Qué le parece a V.? — me preguntó el guía mientras aguardábamos la conclusión del acto.

—He visto pasar al Padichah con más lástima que envidia.

— Sin embargo, — repuso con sonrisa maliciosa, — tiene distribuidas en varios palacios del Imperial Patrimonio, unas tres mil mujeres.

— No crea V. que me seduzca el número, aun cuando fuera acompañado de la calidad. En nuestro país cuesta bastante aguantar una sola, con que no le digo á V. nada con tres mil mujeres! Y ¿cómo tantas?

— Es bien sencillo. Por una parte, todas las mujeres que fueron de los sultanes anteriores, se las conserva cuidadosamente en el harem del Sultán reinante, en donde se las trata con mucho miramiento. Además todos los años salen emisarios á recorrer las provincias del Imperio, la Circasia, el Cáucaso, el Egipto, las Islas griegas, y traen á las mujeres más hermosas que encuentran y pueden robar.

— ¿Con su consentimiento?

— ¡Quiá! No se cuenta para nada con la voluntad de las infelices; y la que habiendo tenido el honor, muy común por otra parte, de agrandar al Sultán, entra en el harem, ya no sale más de allí.

— Esto es horrible!

— Por supuesto que de esas tres mil mujeres muy pocas son las que disfrutan del favor del Sultán, favor que se disfruta continuamente con mil intrigas... Las otras viven en condición de odaliscas, tal vez de esclavas, se las emplea en viles menesteres y no ven en toda su vida al Gran Señor.

— Pues si no ven á nadie más, están, á fe mía, divertidas. Pero por lo menos verán al Sultán cuando éste vaya al Serrallo.

— El Sultán no puede entrar bajo ningún pretexto en la casa de sus mujeres: Cuando se le antoja, manda llamar á una de ellas por medio de los eunucos: después vuelve la mujer á su encierro, tal vez ya para no salir más de él.

— ¿Y el encierro es verdaderamente infranqueable?

— Ya lo creo. En ciertos días solemnes, las favoritas, las que han mostrado más destreza en tener propicio al jefe de los eunucos, salen tapadas y en coche cerrado, y custodiadas como esas que ve V. allí. Algunas, muy pocas, llegan á casarse con algún *muchir* ó con algún *bajá*, con lo cual, en rigor, no hacen más que cambiar de esclavitud. Pero no crea V.; ya se dan buena vida allí dentro; con sus baños, y sus perfumes, con sus golosinas y sus juegos y sus danzas arman buenos jolgorios.

— ¡Quién sabe! Y los ministros, bajás y altos dignatarios, ¿tienen muchas mujeres?

— Eso según: ochenta, ciento, quizás más.

Estando en esta conversación, la guardia imperial había formado á uno y otro lado de la Mezquita. Esta guardia se compone de soldados albaneses, que se colocaron muy apiñados junto á la puerta para proteger la persona del Sultán, y un escuadrón de circasianos y kurdos, á caballo, vistiendo un elegantísimo uniforme negro, ribeteado



LA SIESTA, cuadro de Guillermo Díez

de plata. Luego se presentaron en la escalera los ministros: uno de ellos, el de la Guerra, aunque algo grueso, tiene un tipo sumamente interesante. Es nada menos que Osmán Bajá, el valiente defensor de Plewna, en donde cayó prisionero de los rusos, con sesenta mil turcos. Por último, apareció el Sultán, llevando á su derecha al *Kizlar-agassi*, ó primer jefe de los eunucos negros. Es un hombre de atezado semblante, no muy alto, obeso, con un aspecto repulsivo y odioso, carácter que aumentan el látigo que empuña en una mano, y las tremendas cicatrices que, como á todos los desgraciados de su clase, cruzan oblicuamente su cara, cual un infamante estigma. Disfruta de la categoría de *muchir*, y tiene á sus órdenes seiscientos eunucos en el harem imperial. En realidad es el amo del Palacio, y maneja al soberano á su capricho.

Al pie de la escalera presentaron al Sultán para que escogiera, seis caballos espléndidamente enjaezados y una carretela descubierta. Es de advertir que nunca el Sultán en sus salidas, puede regresar en el coche ó caballo que usó á la ida. Esta vez se decidió por la carretela, y solo en ella, seguido de su mustio acompañamiento, se fué por donde había venido á su Palacio. A pesar de estos alardes de grandeza, lo cierto es que ha venido muy á menos aquella legendaria fastuosidad de las cortes de Oriente. A la exorbitante renta de que gozaba antes el Sultán, ha sucedido ahora un sueldo anual de veintitres millones de francos, con los cuales ha de atender al mantenimiento de su casa. ¡Pobre monarca! Hastiado de los placeres, odiado de su pueblo, temeroso de todo cuanto le rodea, sin voluntad propia, humillándose á las más arbitrarias exi-

gencias de los embajadores de Rusia, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de todas esas potencias que ejercen sobre el Imperio de Oriente una tutela que podrá ser necesaria, pero que es altamente irritante... ¡Oh, Dios! déjame siempre la libertad hermosa de recorrer el mundo á mi placer, de trabajar honradamente, de vivir sano y contento con los cuidados de un hogar ignorado, pero que sea *mío, mío*, completamente *mío*.

No bien el Sultán hubo desaparecido con su séquito, empezaron á desfilar las tropas, al son de la misma flamante *Stella*, y se dispersó la gente en todas direcciones.

Tuvimos que aguardar un buen rato para poder abrimos paso por en medio de aquel océano viviente. Entretanto pasó á nuestro lado un coche, conduciendo á dos niños de corta edad, acompañados de un sujeto que parecía ser su preceptor. Vestían sencillamente de color gris, y en sus tiernos rostros se pintaba cierta expresión de tristeza. Son los hijos menores de Abdul-Aziz, el Sultán misteriosamente asesinado. ¿Qué suerte reservará el cielo á esas dos inocentes criaturas? En otro coche iban dos hijas, niñas también, del Sultán reinante, envueltas en grandes chales de seda, uno azul, y el otro encarnado. Las dos eran preciosas; pero una de ellas, sobre todo, tenía una cara monísima, y ojos grandes, rasgados y negros como la endrina, que hoy aun pueden contemplar los indiscretos. Pero dentro de pocos años, cuando empiece la niña á convertirse en mujer, se la encierra entre celosías, se ocultan sus gracias bajo los pliegues sin gracia de velos importunos, y entonces, ¿quién será el afortunado mortal que pueda deleitarse con aquellos rostros hechiceros?

Quando empezó á clarear la gente que nos rodeaba, dimos vuelta hacia la parte alta de Pera, para recorrer los alrededores de Constantinopla.

JOAQUÍN MARSILLACH

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

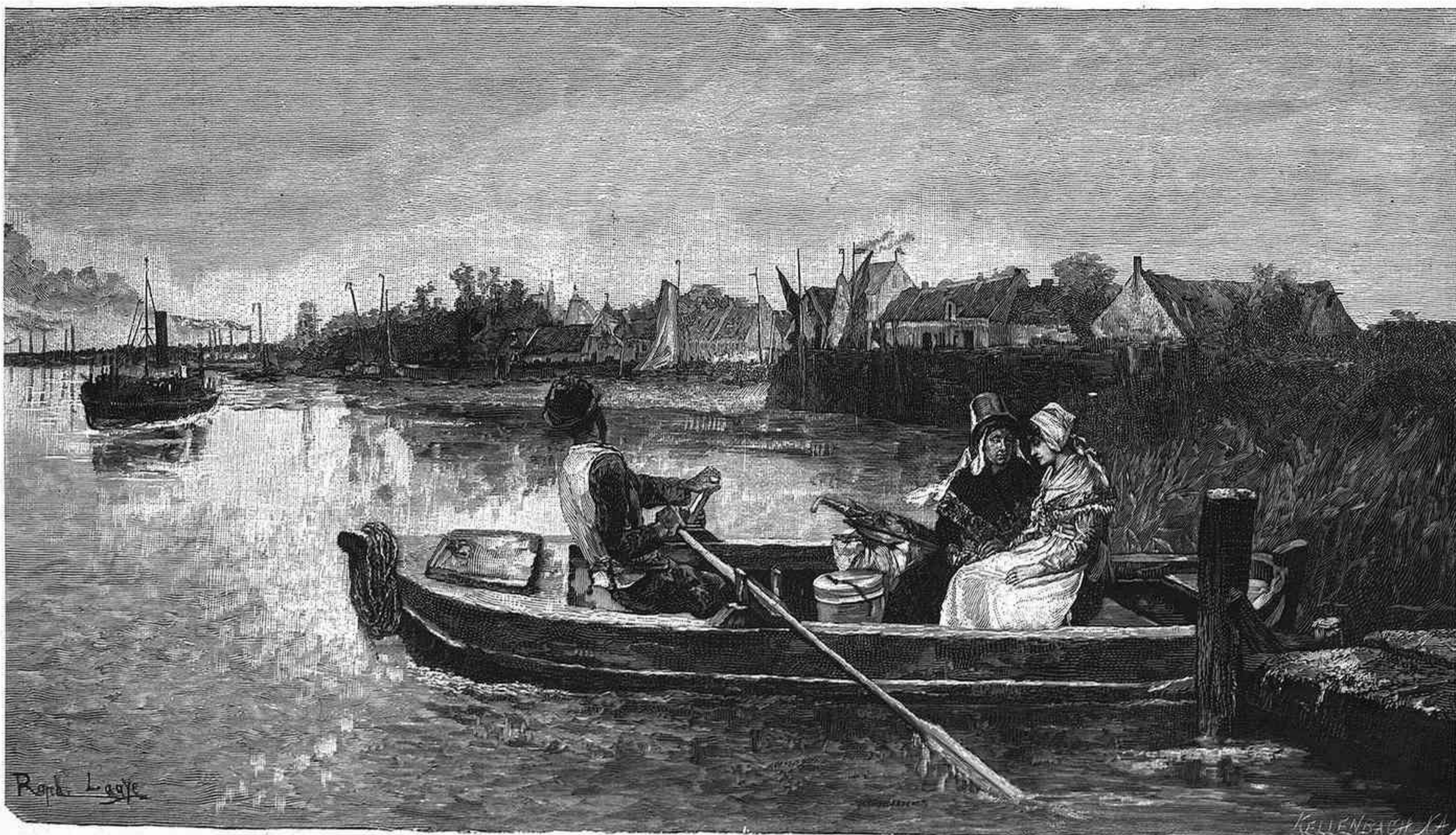
POR DON T. NIEVA

(Continuación)

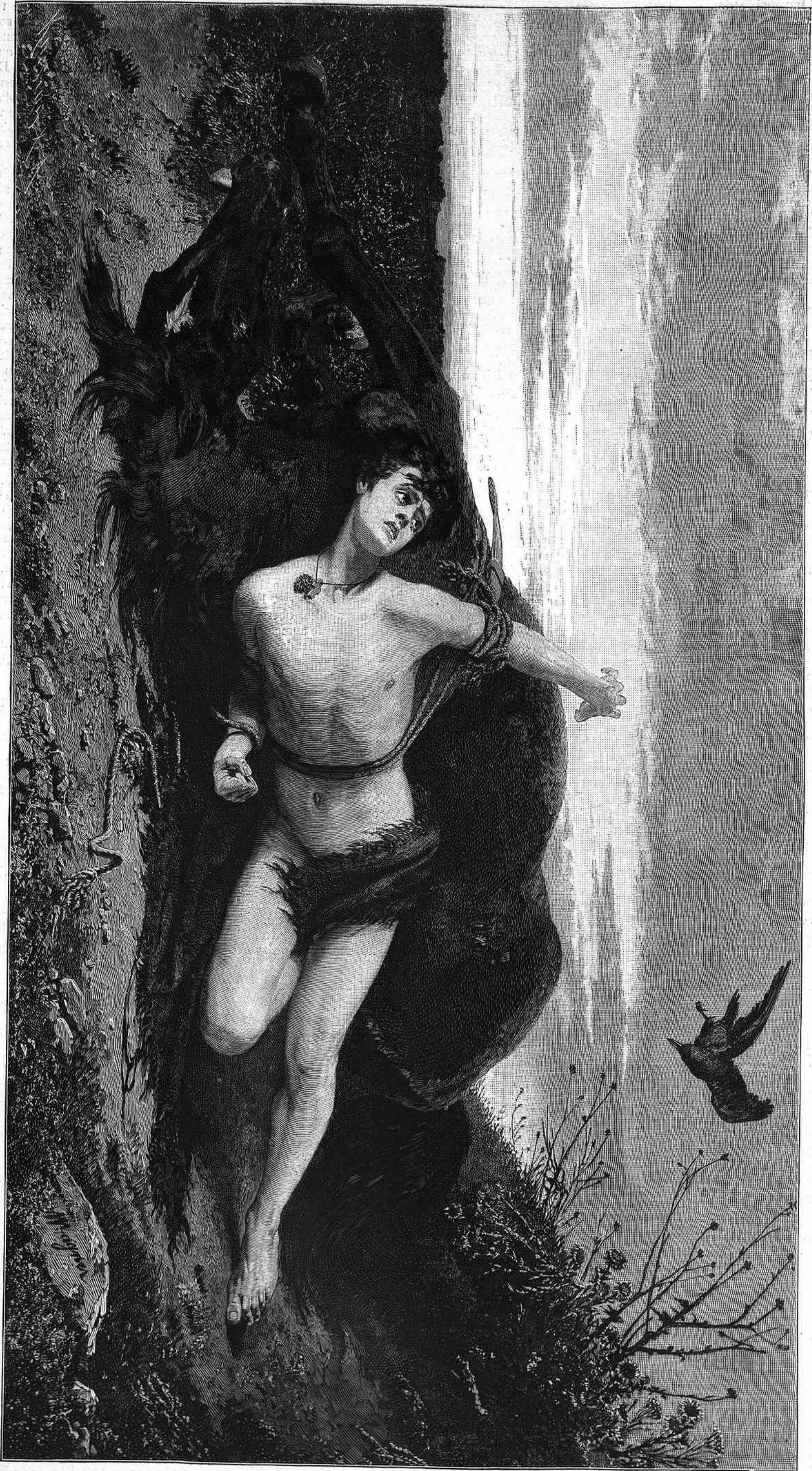
Los espejos aparecían empañados como por el vaho ponzoñoso de una serpiente, y reflejaban los objetos de una manera vaga, fantástica, original, caprichosa, extraña.

\*\*\*

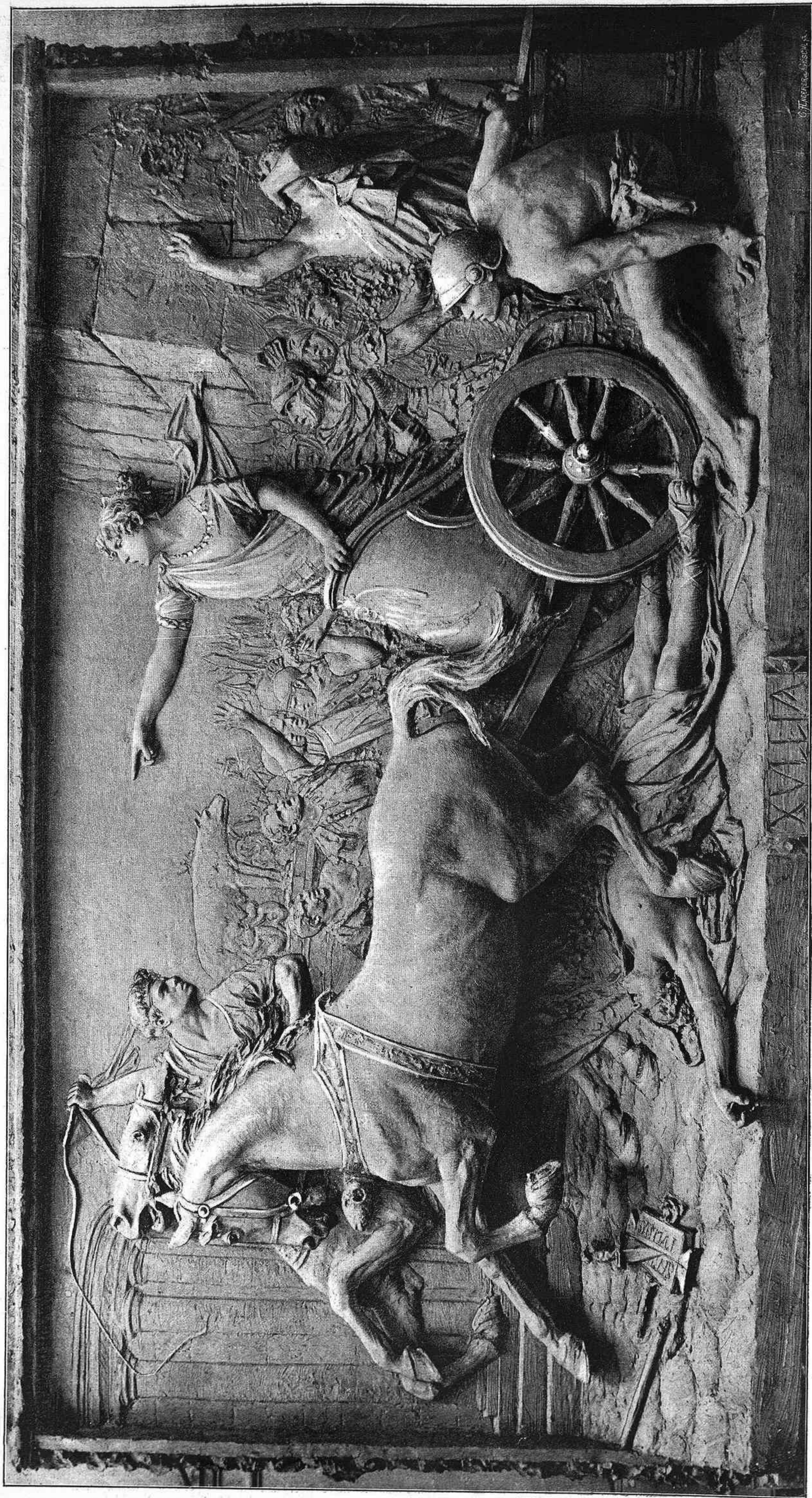
Y no faltaban allí señoritos de estos de costumbres problemáticas, que tanto vagan por los altos salones,



LOS ÚLTIMOS CONSEJOS, cuadro de R. Lagye



MAZEPPE, dibujo de A. Wagner



TULLIA PASANDO SOBRE EL CADÁVER DE SU PADRE, bajo relieve de Agustín Querol, obra presentada en la Exposición de la academia de España, celebrada últimamente en Roma



Una presión fatigosa del sentimiento. El tomó la botella del aguardiente, llenó la copa y, según su costumbre, la vació de un trago.

—¿Conoce V. ahora para lo que sirve el aguardiente? —me dijo: —si cuando se me reverdecen á mí ciertas ideas, no tuviera aguardiente á mano, reventaría: el aguardiente ahoga las penas: deje V., deje V.; yo todavía no estoy templado: cada día necesito más: yo soy alegre, muy alegre, cuando no estoy triste; y oiga V., si yo le digo á V. todo esto, es porque sé que V. no me cree tonto, porque, ¿qué le importaría á nadie las cosas de los demás?... Yo no me quejo sino de los que son buenos como usted; con los tunantes me aguanto: no quiero que se diviertan viéndome penar.

Y luego, con una voz dulce y sentida como el arrullo de una tórtola, y con una mirada cariñosa como la de una madre á su hijo, añadió:

—¡Pero yo estoy dándole á V. jaqueca!

—No, no, afligiéndome sí, —le contesté.

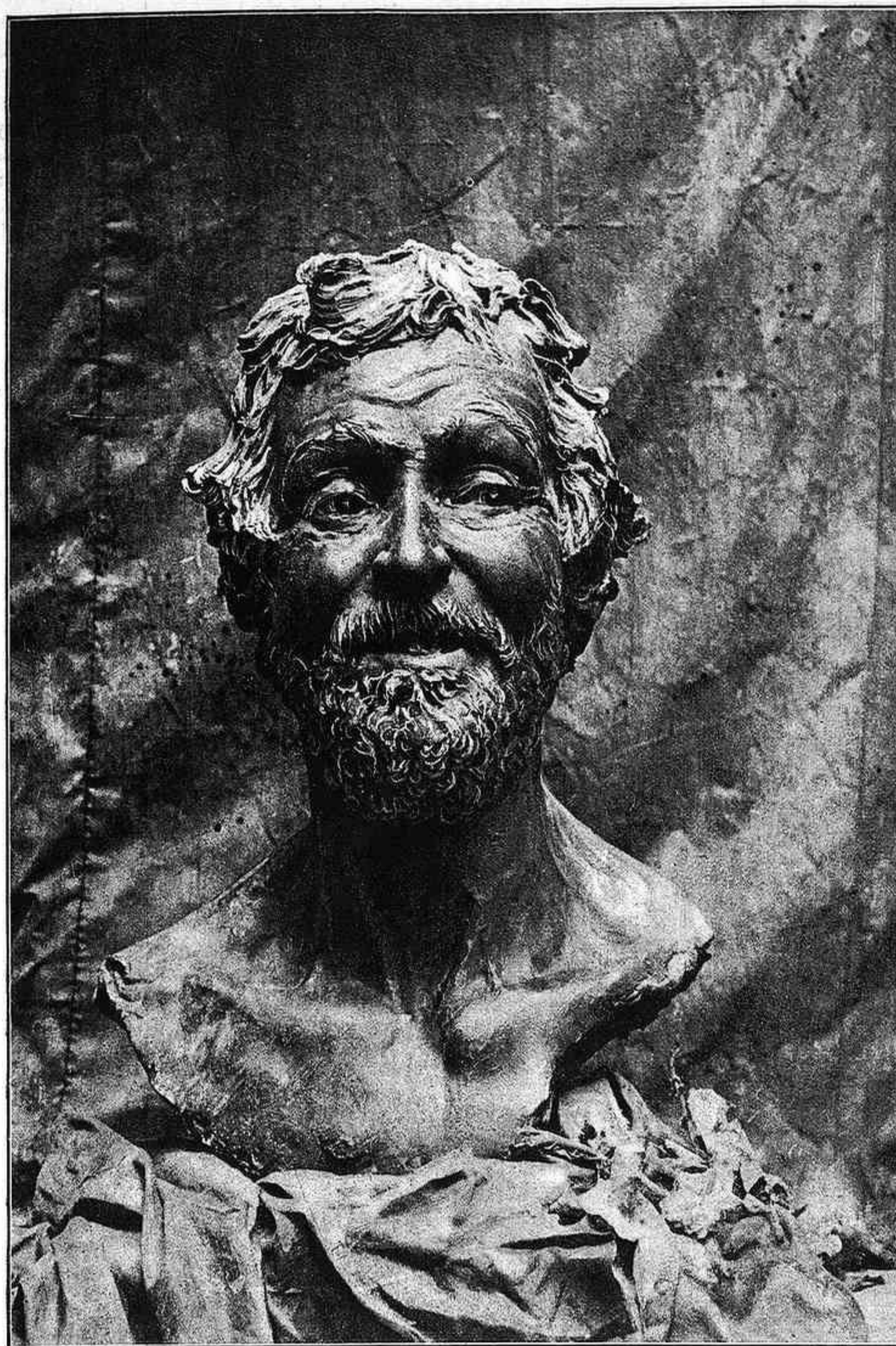
—Ya sabía yo que era V. bueno: eso se conoce en la cara: digo, yo lo conozco: pues bueno, perdóneme V.; porque mire V., cuando se encuentra un alma buena que nos comprenda, parece que nuestras penas se alivian; pues por eso, por eso me he venido con V. y por eso pago, porque digo, sería mucha calma que yo afligiera á V. con mis trabajos y encima le castigara el bolsillo.

—Usted no vuelve á cantar al café: usted se viene conmigo á mi casa.

—¡Quiá! ¡no señor! gracias, de todo lo hondo de mis entrañas; pero yo me consuelo en el café: las palmas me embriagan tanto como el *peñascaró*: cuando suenan las varas sobre las mesas y se rompen las manos y los vasos y todos ellos y ellas patalean, que no parece sino que les ha entrado el baile de San Vito, entonces yo soy como Dios; vivo, señor, vivo y esa miajita de vida, al fin es vida... y *aluego* que yo he estado rodando siempre, porque he nacido para rodar, hasta que la pelota se pare, sabe Dios en qué charco, y allí se quede.

Volvió á llenar la copa y á apurarla.

—Vamos, —dijo: —ya me voy templando y se me va quitando la murria: mire V., si yo pudiera llorar, llorando me consolaría y no tendría que beber tanto: pero yo no he llorado nunca: digo, como no llorara antes de nacer y no esté de Dios que yo vuelva á llorar hasta después de muerto.



CABEZA DE ESTUDIO, de Agustín Querol

No sé por qué, se me pusieron los cabellos de punta. El había continuado sin detenerse.

— Cuando era muchacho y me martirizaba el maldito ciego que me llevaba de lazarillo, yo rabiaba; pero mis rabieta eran secas, ni una lágrima; cuando ella... ¡Dios

consuelo de su padre, licenciado de presidio.

Como puede suponerse, yo, absorbiendo todo este dolor vivo, creado, mordiente, punzante, expresado por la elocuencia del sentimiento, lloraba á lágrima viva.

(Continuará)



UN OLIVAR, paisaje de José Masriera

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS

EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

I. — TIEMPOS ANTIGUOS. — El arte de trabajar los metales, según refiere el Génesis, fué inventado por Túbal-Caín, hermano de Júbal, el inventor de la música. Habiendo

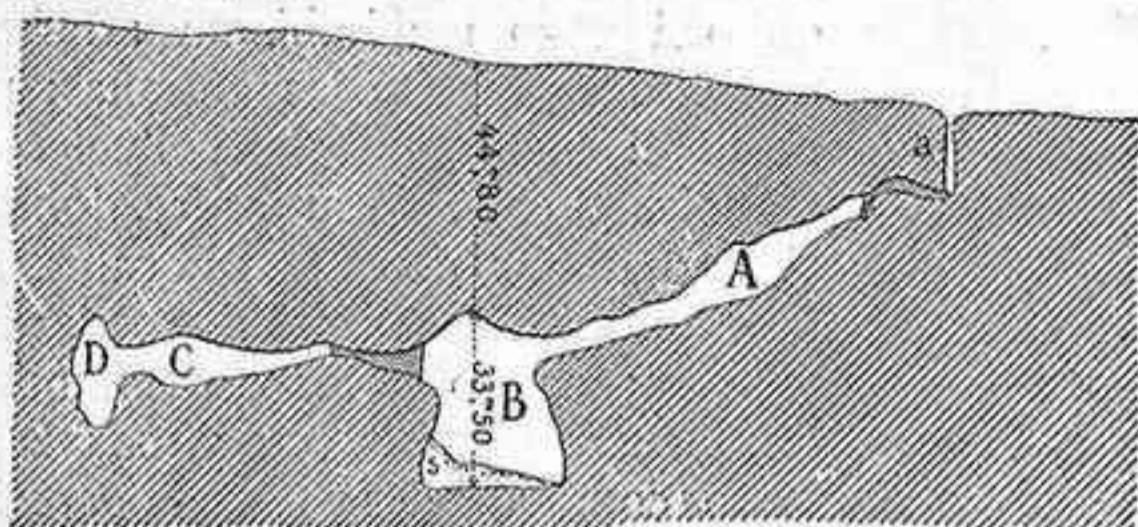


Fig. 1.—Corte de la mina romana de Lamb Bottom

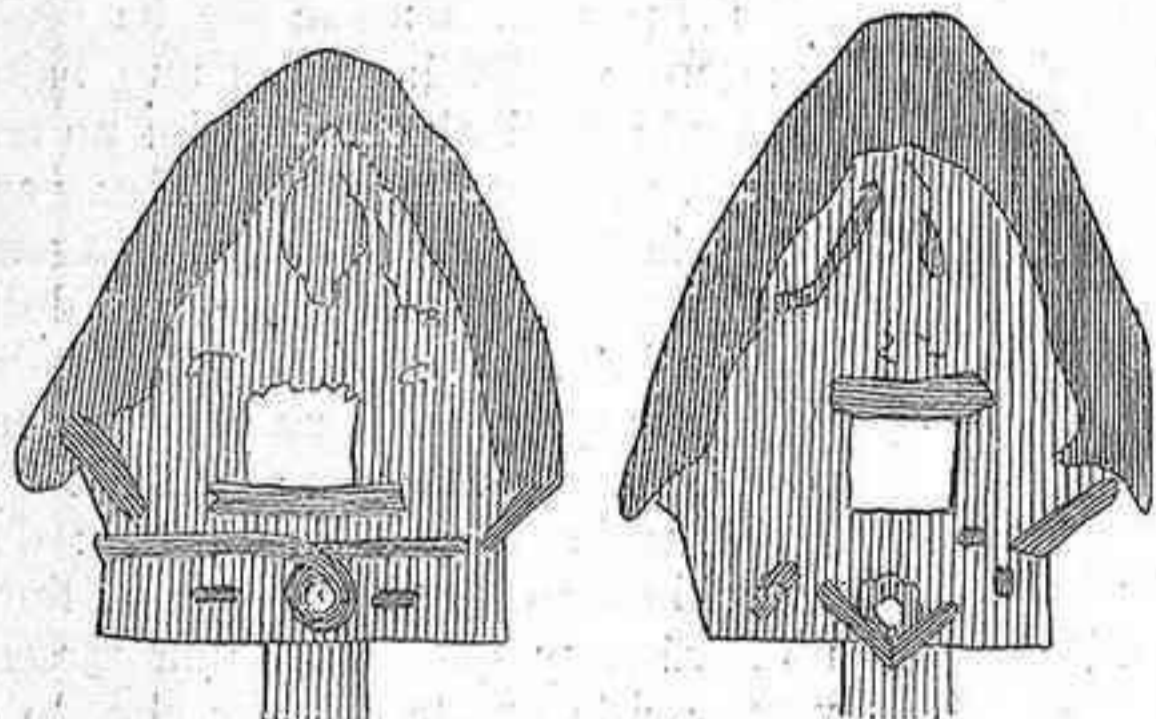


Fig. 2.—Pala romana

salvaje se acercaba á su padre que, aunque ciego, tenía un arco en sus manos, y aconsejó á éste que lanzara una flecha contra el enemigo cuya posición le indicó con tal exactitud que el padre le hirió mortalmente; pero antes de morir Caín, tuvo tiempo de revelar á su matador quién era.

Esta trágica leyenda ha sido reproducida bajo mil diferentes formas por varios pueblos, con el fin de expresar su sentimiento de terror y de menosprecio á los trabajos que se llevan á cabo en el interior de la tierra y cuyo fin principal es la extracción de los metales.

A darse crédito á lo que nos cuenta Ovidio respecto al origen de los males en el mundo, la introducción de los metales en los usos de la vida produjo la corrupción uni-

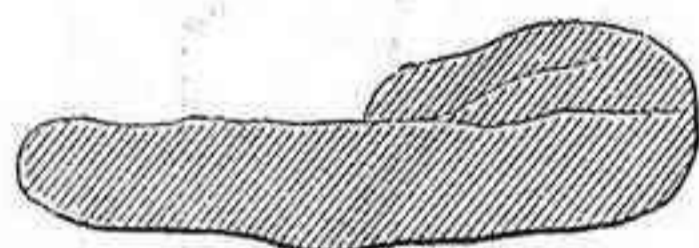


Fig. 5.—Lingote de cobre, de la época romana

versal é hizo necesario el diluvio de Deucalión. Los poetas y los filósofos de la antigüedad inventaron una escala descendente de la felicidad y de la moralidad, en la que cada escalón estaba caracterizado por el descubrimiento de un nuevo metal. El hierro, que casi nunca se encuentra en su estado natural y cuya preparación es, el mayor número de veces, resultado de la acción del fuego, era, en la época en que el autor de los *Fastos* lloraba sus desgracias, el último agente de corrupción que el crimen de Prometeo trajo al mundo.

En nuestros días deberíamos seguramente hallarnos más sumidos en los vicios y en el fango de la deshonestidad, puesto que vivimos en la edad del carbón, y según las ideas antiguas, los que lo buscan, lo parten y lo extraen de las entrañas de la tierra deberían tener una participación más directa en el suplicio á que fué condenado el inventor del fuego.

No obstante estas ideas mitológicas, debemos confesar que el trabajo de los obreros que tratan de buscar la hulla hasta las entrañas de la tierra es mucho más audaz que el de los Titanes que se contentaban para escalar el cielo con poner al Pelión encima del Osa. Con efecto, cuando los intrépidos mineros llegan á las profundidades del abismo al que llevan la vida de la ciencia, el pensamiento, encuentran á veces todos los obstáculos de que Homero y Virgilio sembraron el camino de Ulises y de Eneas en su bajada á los infiernos. La imaginación de los poetas, aplicada á estas grandes ficciones, no ha pasado jamás los límites de la realidad. La historia de los trabajos subterráneos ofrece también escenas terribles que no pudieron prever aquéllos gigantes del pensamiento humano.

quedado ciego su padre Lamech, Túbal-Caín le servía de guía y lazarillo; pero este acto de piedad filial expuso al desgraciado inventor de la más útil de las industrias á ser víctima de una tragedia tan sangrienta, y tal vez más sensible, que la de los Atridas.

Habiendo divisado Júbal á Caín que llevaba en su frente el estigma de la cólera divina, creyó que un animal

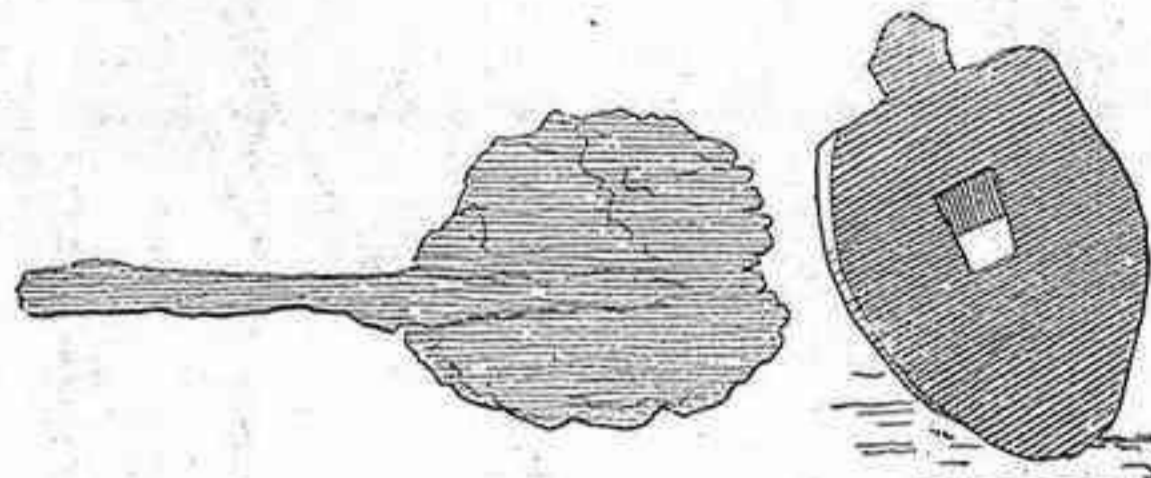


Fig. 3.—Azada romana

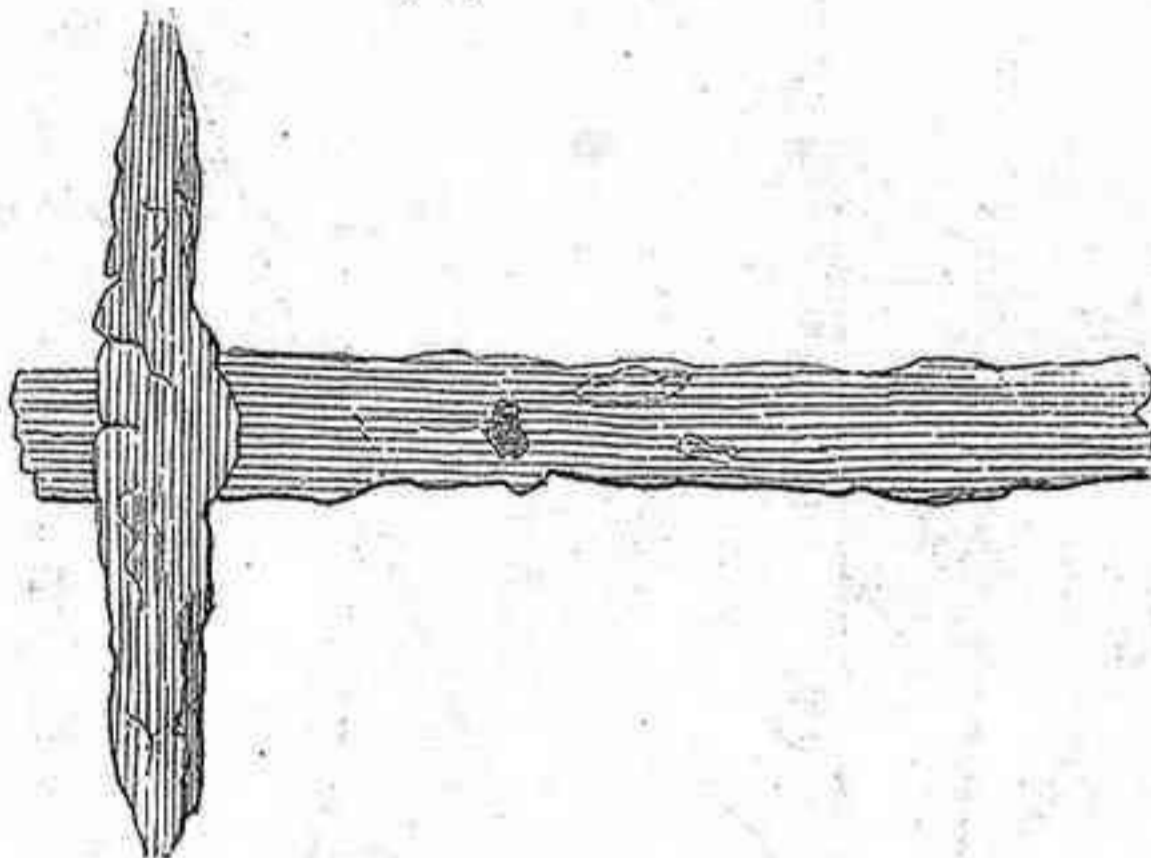


Fig. 4.—Pico romano

El horror que los antiguos sentían hacia las minas y hacia los mineros era debido, en parte, á las ideas supersticiosas que tenían formadas del carácter de los dioses ó de los genios que habitaban en el interior de la tierra, y que todos son más ó menos repugnantes. El mismo Plutón, el dios de los infiernos, se ve obligado á robar la compañera que había elegido: y no sale bien de su empresa, sino después de haber triunfado de la desesperada resistencia de la joven diosa y de la ninfa que la acompañaba. Por esta razón vemos que sólo á la fuerza podía sujetarse á los trabajadores de la antigüedad á estar encerrados en las galerías subterráneas, pudiendo decirse que, entre los griegos y entre los romanos, todos los mineros eran ó esclavos rebeldes, ó criminales condenados á expiar en las minas sus maldades, ó algunas veces también proscritos. El régimen de las minas misteriosas de la Siberia puede darnos en la actualidad una idea bastante exacta del régimen de las explotaciones romanas, griegas y fenicias de las que se han hallado vestigios importantes en varias regiones diferentes, vestigios que han formado en nuestros días la base de provechosas y célebres explotaciones, como ha tenido lugar con las famosas minas de Laurium, descubiertas hace poco después de una interrupción de casi dos mil años.

Los romanos, discípulos de los fenicios, llevaron á cabo en la Gran Bretaña otros antiguos trabajos, no menos importantes ni más conocidos, para extraer el plomo y el estaño. Para dar una idea de la importancia efectiva de los antiguos establecimientos, acompañamos el dibujo de la caverna de Lamb Bottom, descubierta á mediados del siglo XVII en las cercanías de Bath, cerca de la ori-

lla meridional del Severne (fig. 1): Los sabios que han descubierto estos trabajos, hace más de mil años abandonados, penetraron en la mina por un pozo vertical de 20 metros de profundidad. Después de haber descubierto la entrada de una galería lateral A, que bajaba en plano inclinado y cuya longitud era de unos 80 metros, llegaron á la excavación B, de 49 á 50 metros de elevación, en la que debieron permanecer mucho tiempo los cautivos condenados al trabajo subterráneo. Todo el suelo, tantas veces hollado por los galeotes y los guardianes romanos, estaba alfombrado de un bonito césped en el cual, lejos de la luz del sol, había prodigado sus primores una graciosa y delicada flora.

Detrás de esta primera caverna hallábase otra segunda, CD, á la que se penetraba por otra galería parecida á la primera y alfombrada también de césped. Las cavernas presentaban en todas partes las señales de venas cuidadosamente explotadas, lo cual indica que aquello era un establecimiento minero que se había abandonado después de haber sacado de él todo el partido posible. Lo más probable es que á la entrada de la caverna se hallara el campamento de legionarios que cuidaban de los esclavos y de los aparatos de descenso á los subterráneos.

Esta operación, que podía efectuarse ó bien por escaleras ó bien por cuerdas, debía durar algún tiempo, por lo cual es probable que los esclavos ó los condenados no salían del subterráneo sino cuando la mina se había agotado ó se les sacaba de ella para ser enterrados. El régimen de los caballos que en la actualidad se encierran en galerías subterráneas puede darnos una idea de la suerte que les estaba allí reservada.

Fácil es imaginarse cuál sería el régimen interior de los establecimientos penitenciarios que deberían ser muchos en la Gran Bretaña, con sólo leer los discursos que Tácito pone en boca de Gaiaco, jefe de los Caledonios sublevados contra Roma, quien para animar á sus compañeros á defender heroicamente su libertad contra la avaricia extranjera, les pone á la vista la perspectiva de verse encerrados en el fondo de las minas, haciéndolo con la seductora elocuencia de un verdadero hijo de Espartaco, dispuesto á perecer antes que á aceptar las cadenas.

Inspirado en la lectura de la *Vida de Julio Agrícola*, M. Ferat ha dibujado una escena de la vida de los mineros de la antigüedad. Su dibujo (fig. 6) nos da á conocer los primeros pasos dados en las industrias subterráneas y hace ver á los mineros modernos el camino recorrido por el progreso, merced al trabajo, á la ciencia y á la paz.

Los pesados útiles que los romanos ponían en las manos de sus esclavos estaban en relación con el régimen bárbaro á que el trabajador se hallaba sometido en aquella época. En las figuras 2 y 3 damos los grabados de una pala y de una azada, descubiertas en el siglo pasado en Parr-Moor, en la parroquia de Saint-Eive (condado de Cornualles) en el que se encuentran aún muchos vestigios de antiguas explotaciones. Los lingotes de cobre que presentamos en la fig. 5 fueron hallados por un campesino, un siglo después que los útiles de Parr-Moor (1871), en la isla de Anglesey. Las letras IVLS se imprimieron con un trozo de madera en el que se hallaban grabadas en relieve. Esta primera aplicación de los principios de la imprenta, hecha cuando el metal estaba aún caliente, servía indudablemente de verdadera marca de fábrica; y esto nos prueba que han transcurrido más de mil años sin que el arte diera un nuevo paso en el camino del progreso, por ser tan difícil comprender la trascendencia de las operaciones prácticas.

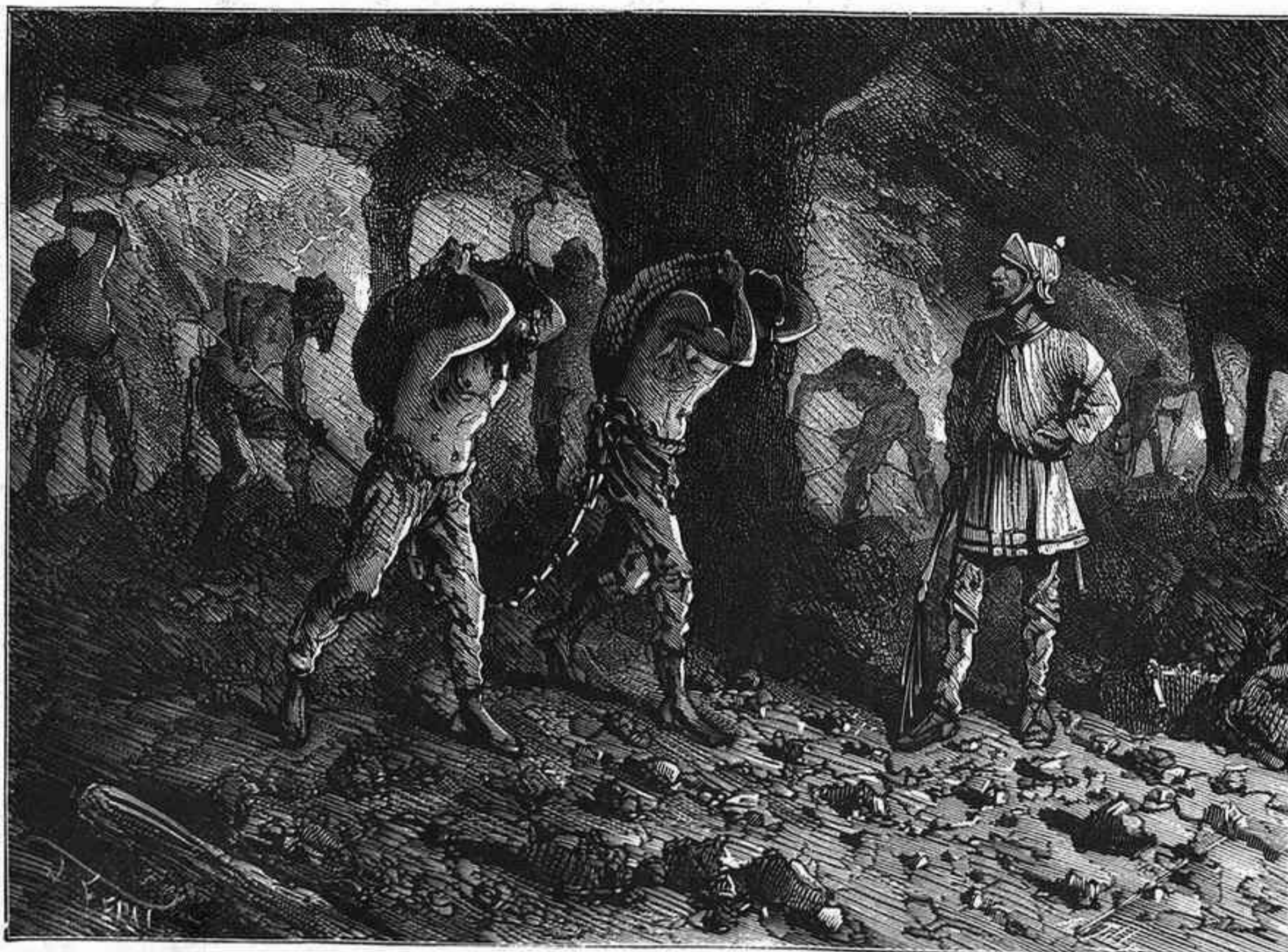


Fig. 6.—Mineros esclavos á las órdenes de un centurión romano

El pico romano (fig. 4) que termina la serie de los objetos antiguos de minería tomado de la excelente obra de M. Robert Hunt sobre las minas de Inglaterra, fué hallado, en 1858, por Weston de Machynlette, cerca de Wyddyn, en las minas abandonadas llamadas Ogo La

tradición del país supone que todavía se explotan en el mismo yacimientos metálicos cuyo descubrimiento y primitiva explotación se deben á los esclavos romanos.

(Continuará)

W. DE FONVIELLE.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN